

# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó en Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.** = *Compañía lírica*, por D. Francisco Flores Arenas. = *Rugier de Lauriga*. Segunda parte, por doña Felicitas Asin de Carrillo, conclusion. = *La dicha de pensar bien*, canción por D. Adolfo de Castro. = *A una pintura de la Concepción de Murillo*, canción por D. Adolfo de Castro. = *Paralelismo*, cuento, por D. B. del Barco. = *Gero-glífico*.

## COMPAÑÍA LÍRICA.

*LA TRAVIATA*, ópera en tres actos, música del maestro Verdi.

La compañía lírica del Principal ha puesto en escena hace muy pocos días esta ópera de Verdi, aquí apenas oída, y que se esperaba con ansia, merced á las noticias que de su desempeño por estos artistas se tenían ya de antemano. Pero ante todo veamos que quiere decir *Traviata* y cual es en su esencia el argumento. *Traviata* no es un nombre propio de muger como el de Pepa ó Antonia; es por el contrario un nombre comun, muy comun, y que pudiera aplicarse á una parte del sexo femenino respetabilísima, si nó por la calidad, por el número. Es como si en castellano digéramos *la estraviada*; palabra demasiado genérica y que á fuerza de serlo no nos dá una idea muy clara de lo que era ó de lo que se supone ser Violeta Valery, fragilísima y por tanto interesantísima heroína del drama en cuestion.

Del drama hemos dicho, porque en efecto nadie ignora que el argumento es ni mas ni menos el de la célebre *Dama de las Camelias*, que bajo sus dos distintas formas literarias constituye un deleite para muchas personas, como lo es para otras el aguardiente; es decir, que principia por agradar á su paladar y concluye por pervertir su razon.

¿Pero no podremos saber qué era Violeta? A eso vamos.

Violeta gastaba gran lujo, tenia soberbios carruages, daba magníficas cenas, su vida era una per-

petua fiesta. ¿Es que heredó algun crecido patrimonio?—Ni siquiera un mal peso duro. ¿Es que su señor esposo fuese rico?—Tampoco es eso: la Sra. Violeta no tiene ni nunca tuvo marido. Ese boato, ese tren, esas comidas, esos palcos, todo eso en fin, lo pagan sus amantes. El asunto se vá aclarando: ya vamos comprendiendo lo que era nuestra interesante protagonista: eso tiene su nombre muy claro y muy terminante en todos los idiomas del mundo: el caso es que este nombre no puede tomar carta de vecindad en un drama ó en una ópera, y he aquí por que, para señalar de algun modo á semejante personaje, se le llama *La Dama de las Camelias* ó *La estraviada*; lo cual quiere decir que la cosa en sí se acepta sin dificultad, lo que no se admite es el adjetivo que la califica; ó lo que es lo mismo, que nuestro pudor es menos delicado que nuestros oídos.

Entre los jóvenes que concurren á hacer la apotheosis de las virtudes de Violeta hay uno que se llama Alfredo Germont, el mas sin vergüenza de todos ellos, como que es el que aspira á enamorarla de valde. Lógralo al fin, y los dos tortolitos se van á vivir al campo para que los placeres de París no los distraigan de su mútuo é inocentísimo amor. Ya se comprende que el mozo vive á espensas de la dama, ó mejor dicho, á espensas de los amantes anteriores y á cuenta de los futuros. Esto es edificante, y en España al menos los que viven á lo Germont tienen tambien su nombre propísimo. No tenemos necesidad de dar mas señas: todos lo saben.

Pero la cesantía de Violeta acarrea á esta graves compromisos financieros. Germont no se cuideaba sino de comer, de beber, de cazar, de dars una vida de príncipe, sin tener en cuenta que la fidelidad actual de su señora le quitaba los medios de ganarse su vida honradamente como hasta allí. Esto al cabo habia de dar un estallido; pero la inopinada aparicion del padre de Alfredo hizo mudar de aspecto al negocio. El viejo principia por poner como un trapo á Violeta, y concluye por interesarse por ella. En efecto, habia estado manteniendo á su hijo y tratándole como á cuerpo de rey, y aunque en rigor debió comenzar por pagarle los gastos, nó lo hace así, y en su lugar le ruega y acaba por exigirle que lo deje en paz y en gracia de Dios, á fin de que pueda realizar cierto

matrimonio en ciernes. Hácelo ella así, despidiendo en una carta al alojado y se vuelve á París, presentándose en el baile de una amiga de su propio pelo con un baron que aspira á la vacante, y que trae por memorial una bolsa muy bien repleta de oro, y otras muchas como ella en casa. Alfredo, sabedor del caso, acude allí á buscar camorra, juega con el baron, le gana su bolsa número uno, é insultando á Violeta en seguida ante aquel respetable concurso y en aquella no menos respetable casa, le arroja á los piés la bolsa por vía de pago de sus relaciones con ella. Todos le afean su proceder, y mas que todos su padre, que viene allí como llovido. Violeta se desmaya, no creemos que de vergüenza de que le den dinero por semejante motivo, puesto que en toda su vida no ha hecho otra cosa, sino tal vez pesados de que se lo arrojen á la cara delante de tanta gente.

La escena no puede ser mas repugnante. Los personajes de interés del drama se van luciendo.

Pasa algun tiempo. Violeta está tísica y á las puertas de la muerte. Esta enfermedad no ha sido producida por el desvío de Germont, puesto que desde el principio aparece atacada de ella, y ya se ha notado que á veces alterna con sus toses sus orgías y sus protestas de amor. Tambien está arruinada; cosa que se comprende muy bien visto el origen de sus rentas. Alfredo, rotos sus compromisos y con las licencias necesarias, vuelve á ella lleno de arrepentimiento; pero es tarde: Violeta espira allí á nuestra vista despues de una larguísima agonía, consagrada esclusivamente al sentimiento del mundo que deja, no á la consideracion de la eternidad que la aguarda. El título queda pues justificado por completo: *estraviada* en vida y *estraviada* en muerte. El olor de esta Violeta no es por cierto olor de santidad.

El cuadro que presenta este argumento, que como llevamos dicho es el de *La Dama de las Camelias*, es el cuadro del vicio en toda su inmundicia: mujeres que trafican con sus personas y que hacen de ello alarde y gala; hombres sin decoro que se utilizan en provecho propio de aquel tráfico vil; ricos que sacrifican su oro en las aras de la inmoralidad bajo todas sus formas; parásitos que chupan gota á gota el caudal ageno. Tal es la parte moral de esta obra literaria.

Pero oímos una voz que se levanta y que nos dice: "No es ese el fin ni el objeto del drama." Es la muger estraviada que se purifica por el amor; es la espiacion de juveniles falta por medio del abandono, de la enfermedad, de la muerte."

Nosotros contestaremos: "Un vicio no puede purificarse con otro vicio: la deshonestidad no puede por tanto purificarse con el amancebamiento: es un simple cambio en la forma. La espiacion, para ser eficaz, para ser meritoria, es forzoso que sea espontánea: la muger que muere porque está tísica no alcanza mérito alguno por su muerte: la muger que está arruinada porque ha desaparecido su hermosura, único origen de su riqueza, no puede alegar esta circunstancia en descargo de sus faltas. Ningunas de ambas cosas está en su mano el remediar.

Hay mérito en el rico que por espiar culpas suyas distribuye sus bienes y se hace pobre: no hay mérito en el pobre que no es rico porque por mas que ha hecho no ha podido lograrlo.

"Para las faltas no hay mas espiacion eficaz que la penitencia. Eso creemos los católicos, y eso está ademas en el sentido comun."

De este argumento se ha apoderado Verdi engarzándolo, por decirlo así, en magníficas notas, que esta vez han sido superiormente interpretadas por los artistas que forman nuestra compañía lírica. La Señora Peruzzi, la inteligente, la elegante prima donna en quien tanto habíamos tenido que admirar hasta ahora, nos ha arrebatado y ha arrebatado al público. Gran cantante y gran actriz ha sabido tomar todas las formas que sucesivamente le ofrece su papel, y en todas ellas nada ha dejado que desear aun á los mas exigentes. Su coquetería desenfadada y hasta un tanto procaz del acto primero, coquetería en perfecta relacion con el carácter y circunstancias de Violeta; su abnegacion en el acto segundo, sus padecimientos físicos y morales en el tercero, abren un ancho campo á quien, como ella, comprende todos los delicados toques del arte y posee recursos para espresarlos todos. El modo de cantar su cavatina final del primer acto es de lo mas bello que puede salir de humana garganta. Esta sola pieza bastaria á su fama.

Landi, indispuerto el primer dia, se ha desquitado en los demás, confirmándonos en la opinion de que es una excelente cosa como tenor. Paccini muy bien. Su voz es un verdadero tesoro.

La ópera se ha decorado con profusion y gusto. El salon de baile del acto segundo contenia diez y nueve arañas y gran número de candelabros.

Los aplausos estrepitosos. Hasta tres veces se hizo salir á la Señora Peruzzi á la conclusion del primer acto.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.<sup>a</sup> FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

### SEGUNDA PARTE.

(CONCLUSION).

Lauriga conoció entonces que estaba perdido. Desde dicho puente se descubre en toda su extension la calle mas ancha de la ciudad, que era precisamente la en que estaba situada la casa de los Montalvos. Rugier al tender su mirada indagadora vió atestada de hombres aquella calle; todos estaban armados y no cesaban de gritar. Rugier los miró avanzar por el otro extremo del puente y se halló cercado sin que le fuera posible retroceder ni pasar adelante. Los dos numerosos grupos llegaban hasta él y le iban oprimiendo; la muerte le amenazaba por todas partes.

Al frente de los que llegaban de la ciudad, veíase un guerrero armado de todas armas, cubierto el rostro y montado sobre un poderoso brido.

El guerrero blandió su espada y gritó dirigiéndose á los que le seguían:

—Muera! muera!

Rugier creyó reconocer aquella voz y se creyó mas perdido que nunca.

Su primer pensamiento en aquel supremo instante no fué otro que el de hacer pagar muy cara su vida y defenderse á todo trance de tantos y tan furiosos acometedores.

Pero entonces se acordó de su esposa; pensó en la inmensa pena que debía sentir su pobre y siempre idolatrada Catalina, y adoptó una resolución desesperada, horrible, sumamente horrible.

El puente de Sangüesa está construido de tal modo que desde su parte mas elevada ó sea desde su mitad hasta el nivel de las aguas, hay una distancia imponente.

Ningun desgraciado que se haya caído desde aquel punto ha dejado de hacerse pedazos antes ó despues de tocar en el fondo del rio.

Rugier de Lauriga quiso tentar el último estremo y se encomendó á Dios, porque solo un milagro de Dios podia salvarle.

Su caballo sintió luego el terrible acicate que se clavaba en sus costados; relinchó, tendió sus cuartos delanteros al aire, salvó el malecon que resguarda los costados del puente, y un segundo despues se le vió suspendido entre el cielo y el abismo, precipitándose al seno de las aguas, de las cuales salió á nado con su ginele encima. Era un verdadero prodigio que dejó á todos atónitos y maravillados (1).

Al mismo tiempo que la muchedumbre dejó escapar un grito que revelaba el espanto, la admiración y la sorpresa que sentía en vista del temerario arrojado de Lauriga, oyóse en medio de ella otro grito aislado, angustioso, estridente, que hizo volver todos los ojos hácia un mismo punto. La escena que se estaba representando era tan breve como trágica y conmovedora.

El guerrero que puso á Rugier en el caso desesperado de que acabamos de hacer mencion, hallábase al lado del capitán blandiendo su acero y amenazándole constantemente; pero su caballo se asus-

tó al ver el terrible salto que dió el que montaba el capitán y parecia dispuesto á precipitarse tambien hasta el fondo del abismo.

El que le montaba tuvo miedo sin duda y quiso arrojarle en tierra soltando la brida y los estribos; pero habia calculado muy mal la distancia: su caballo se encabritó por segunda vez, dió un nuevo y mas violento bote, y cayendo el guerrero de espaldas lanzó un grito, y su cabeza golpeó sobre el muro de piedra situado en el otro costado del puente. El choque fué tan rudo y tan inesperado, que nadie pudo evitar aquella desgracia. El guerrero se habia destrozado el cráneo y su cuerpo se agitó durante un breve espacio de tiempo, quedando luego inmóvil en tierra, bañado en su propia sangre.

Un hombre anciano se abrió camino á través de la multitud, llegó al sitio de la catástrofe, puso una rodilla en tierra y alzando la visera ensangrentada que cubria el rostro de la persona que acababa de espirar, cruzó sus manos con abatimiento, alzó al cielo sus ojos y exclamó con acento dolorido:

—Muerta! muerta!

Guzman lloraba sobre el cadáver de Ana de So-

bradiel.

El pobre fámulo la queria entrañablemente porque la habia visto nacer, porque siendo ella niña la llevó en sus brazos mil veces, y mas tarde, en la edad de la pubertad, la vió desarrollarse hermosa y pura como un ángel. El pobre viejo sintió inmenso pesar al ver como fué avanzando luego por la senda del crimen, arrebatada por el bárbaro placer de la venganza, y no siéndole posible apartarla de aquel camino, careciendo del valor y entereza suficientes para separarse de ella, continuó prestándole sus servicios sintiéndose agoviado por el pesar y los remordimientos. Parece que aquella mujer habia tenido el triste privilegio de hacer desventurados á todos los que, mas ó menos remotamente, tuvieron algun contacto con ella. Se habia propuesto infundirse horror á sí misma y lo consiguió inspirándole á todos los demás, y siendo así que habia estado en su mano la facultad de convertirse en objeto de adoracion. La felicidad de su existencia, el reposo y la salvacion de su alma se habian desvanecido para siempre desde aquel mismo dia en que, dejando á un lado los goces de la tranquila virtud, queriendo hacerse superior á su sexo, renunciando al prestigio que ejerce una mujer cuando es dulce, generosa y amable, se puso en lucha con todo el mundo y olvidó las sagradas máximas que la religion procura inculcar en todos los corazones, aconsejándonos olvidar las ofensas recibidas y perdonar á nuestros contrarios. La infeliz murió como habia vivido, y no hubo mano amiga que pusiera una flor sobre su tumba. Solo Guzman y Berta fueron á visitarla de vez en cuando y á pedir á Dios por su eterno reposo.

Muerta la condesa las rencillas entre navarros y aragoneses quedaron apaciguadas por mucho tiempo y nadie habló de traiciones y perfidias.

(1) En uno de los templos de Sangüesa, en la iglesia de Sta. Maria si no me equivoco, vi hace algunos años dos grandes cuadros que representan una escena parecida y que son constantes sostenedores, por decirlo así, de una tradicion respetable por su autenticidad. En uno de aquellos cuadros se ve el puente de la ciudad, y por sus dos extremos otros tantos escuadrones de soldados navarros, que avanzan rápidamente mientras un caballero aragonés se precipita con su caballo hasta el fondo del rio desde el punto mas culminante del elevado puente. En el otro cuadro aparece el mismo caballero sano y en salvo, postrado de hinojos al pié de una imagen de la Santísima Virgen, y la rinde al parecer un justo tributo de devocion y gratitud.

## CONCLUSION.

Algunos años mas tarde, Rugier y Catalina hicieron un viaje á Cataluña con objeto de ver al rey D. Jaime II que se hallaba viudo. La buena y adorable Doña Blanca no existia ya; su muerte habia sido muy sentida de todos, porque todos la profesaban entrañable cariño.

Los dos esposos llevaban consigo una tierna niña, de ojos de cielo y cabellos de oro; era blanca como una azucena, y su nombre le cuadraba perfectamente. Al lado de aquella preciosa criatura iba casi siempre un jóven sacerdote que jugaba con ella y la tomaba en sus brazos apoyando los labios en su frente virginal é infantil.

Aquella niña, que se llamaba Blanca, era hija de Rugier, y aquel sacerdote no era otro que Adrian el hermano de Catalina de Montalvo.

Los cuatro llegaron al fin al suntuoso monasterio de Santa Cruz, uno de los mas principales y famosos de Cataluña, en el cual se habian depositado con gran pompa los restos mortales de la reina Doña Blanca.

El rey, que á la sazón estaba allí, les recibió con el mayor agasajo y complacencia. En torno suyo se hallaban el viejo Castelnovo y el noble Fernando de Mallorca, los cuales se alegraron mucho de ver y estrechar entre sus brazos á sus antiguos amigos. En las nobles y augustas facciones de D. Jaime se habia impreso profundamente la melancolía que desde el fallecimiento de su esposa reinaba dentro de su corazon. A pesar de eso quiso que Lauriga le contase larga y circunstanciadamente la historia de sus amores y contrariedades; quiso saber por qué causa se habia hecho Adrian sacerdote, y habiendo escuchado la larga relacion que uno y otro le hicieron, se lamentó de la triste ceguedad en que habia vivido Ana de Sobradriel y de su fin no menos triste y desastrado.

—De modo, preguntó dirigiéndose á Montalvo, que tú has abrazado la carrera religiosa porque sufrías con el recuerdo de esa mujer ¿no es verdad?

—En cuanto á eso, señor, respondió Adrian, debo decirlo que mi eleccion ha sido libre, espontánea, por pura vocacion. Yo la quise con todo mi corazon, perdono el mal que nos hizo á todos, y deseo que Dios se haya compadecido de su alma; pero debo decirlo en mi abono y para justificar mi primera obcecacion: el mismo día que por boca de Catalina y de Rugier llegué á saberlo todo, mi pensamiento fué olvidarla y lo conseguí completamente. Despues me dediqué al servicio de Dios y estoy satisfecho; vivo con mis queridos hermanos y me juzgo feliz.

El rey guardó un instante de silencio, luego levantó la cabeza y dijo arrojando un suspiro:

—Ah! si mi pobre Blanca viviera!

—Teneis razon, señor; dijo entonces Lauriga sin poder contenerse. Si la reina Doña Blanca viviera, sentiria hoy la misma satisfaccion que causaban en su alma generosa los felices resultados de todas sus grandes acciones. Ella que con mano pródiga sembraba el bien por todas partes; ella que estaba

siempre en disposicion de proteger á los buenos; ella en fin, que encerraba en su corazon tesoros de ternura y de bondad, tendria hoy una verdadera satisfaccion al ver nuestra dicha, en la cual tomó desde un principio una parte tan activa. Pero si bien es verdad que ella no debia morir nunca, porque era digna de reinar mil años á vuestro lado, nos queda el consuelo de llevar siempre su memoria dentro de nosotros, y de saber que la posteridad y la historia harán justicia á sus altos merecimientos.

Al declinar la tarde de aquel mismo día varias personas postradas de hinojos junto al mausoleo que contenia los restos de la reina, oraban por ella vertiendo lágrimas de amor y bendiciéndola desde lo mas profundo de sus corazones. Allí estaba el rey D. Jaime II y á su lado Rugier de Lauriga, Castelnovo, Adrian, Fernando de Mallorca, Catalina de Montalvo y su hija, la tierna y hermosísima niña que habia recibido de sus padres cuando la hicieron cristiana el simpático y querido nombre de Blanca.

## EPILOGO.

El fin de la mayor parte de nuestros personajes se halla consignado en la historia.

Rugier vivió muchos años al lado de su fiel compañera y de varios hijos que tuvo. Se estableció con su familia, de la cual, siempre formó parte Adrian, en la corte del rey D. Jaime, y fué querido y respetado por sus virtudes y esclarecido valor.

El rey vivió todavía mucho tiempo y gobernó sus estados con esquisita prudencia y buen tacto en todos los negocios que emprendia.

La reina Doña Constanza de Castilla quedó sumamente desconsolada en su temprana viudez, y tuvo que lidiar mucho con los infantes, que durante la menor edad de D. Alonso el Onceno, querian disponer de todo y ambicionaban la regencia. El infante D. Juan y su antiguo aliado el de Lara no dejaron de revolver todo lo que pudieron.

La infanta Doña Isabel lloró con lágrimas amargas el triste y prematuro fin de su hermano; pero el tiempo se encargó de curarla, y habiendo logrado olvidar sus primeros amores, casó en Burgos con D. Juan duque de Bretaña.

Fernando de Mallorca se casó en Mecina con Doña Isabel, nieta de Luis, último príncipe de la Morea.

D. Lope fué nombrado señor de Vizcaya, y Rugier le visitó varias veces, permaneciendo á su lado durante largas temporadas.

El verdadero padre Gerardo se habia vuelto loco.

Elvira de Pastrana, por el contrario, recobró su razon; pero cumplió la promesa que hizo al infortunado D. Juan de Carvajal, y profesó en uno de los conventos de religiosas de Valladolid. D. Diego habia muerto arrepentido de no haber hecho feliz á su pobre hija.

Pero Hernandez vivió muchos años al lado del afortunado Rugier y de la bella y bondadosa Catalina.

FIN.

## LA DICHA DE PENSAR BIEN. (1)

Contempla, tiempo fugaz,  
la gloria que aquí se encierra:  
se abre en la española tierra  
un templo para la paz,  
al abrirse el de la guerra.

Pensamientos verdaderos,  
jamás de ventura faltos,  
serán aquí los primeros:  
siempre pensamientos altos,  
nunca altivos ni altaneros.

Hoy que Cádiz hace muestra  
de sus afanes prolijos,  
¿quién su orgullo no demuestra?  
Es mas que la patria nuestra:  
es patria de nuestros hijos.

Con sus años mas lozana,  
no envidia ajenos fulgores  
palma, que descuella ufana:  
la coronan soberana  
de sus hojas los verdores.

Las letras, artes y ciencia  
en Cádiz tienen un templo,  
dó la vejez ó inocencia  
pueden adquirir ejemplo,  
virtud, saber y prudencia.

Contemplemos sin pasion,  
contemplemos nuestra suerte:  
lleva en su negro pendon  
con fiero orgullo la muerte  
"El hombre" por inscripcion.

La ciencia es el desear:  
el alma corre sedienta  
para su fuego aplacar;  
y al fin, como agua de un mar,  
no mata la sed, la aumenta.

Del mundo se ven los daños  
de la ciencia en el amor:  
otros compran desengaños  
con el oro de los años,  
que es el oro de valor.

Despreciemos, como á loca,  
la doctrina, que es maldad:  
del que al error nos provoca  
el aliento es tempestad,  
fuego abrasador la boca.

El que saber ha logrado,  
sin recelo del abismo  
las olas surca alentado:  
va seguro y confiado  
en la nave de sí mismo.

(1) Cancion leida en el Ateneo de Cádiz en el acto de la inauguracion oficial de sus cátedras, el 8 de Diciembre.

Alma, que puede alcanzar  
la luz del bien verdadero,  
siempre firme debe estar:  
es un castillo roquero  
puesto en medio de la mar.

Huye la vida ligera;  
y ¿qué alcanzamos despues  
de su rápida carrera?  
nunca vemos lo que es,  
solo vemos lo que era.

Si al bien el mundo fué ciego,  
al fin por alzarle lidia  
estátua de bronce luego,  
bronce derretido al fuego,  
y el primer fuego la envidia.

El laurel, que lo corona,  
no es libre de espina alguna;  
lazo es tambien que aprisiona;  
que es tambien esa corona  
otra rueda de fortuna.

¡Oh patria, patria, has logrado  
abrir un templo querido,  
tanto tiempo deseado!  
si entusiasmo imaginado,  
¿qué no hará, ya conseguido?

Gran llave es la voluntad:  
abre cuanto quiere y cierra;  
mas si de Dios la verdad  
no ayuda con su bondad,  
¿quién puede abrirla en la tierra?

¡Juventud! constancia, aliento,  
llevarás la dicha en pos:  
¿qué es un noble pensamiento?  
voz que responde al acento,  
con que está llamando Dios.

ADOLFO DE CASTRO.

## A UNA PINTURA DE LA CONCEPCION DE MURILLO.

### CANCION. (1)

Murillo, tu gran valía  
admira la gente extraña,  
al par de la patria mia:  
eres el pintor de España,  
porque eres el de María.

Sevilla al que la ganó  
nuevo trono quiso dar,  
cuando Murillo nació:  
otra grada le añadió,  
y ya el trono fué un altar.

Arde en devocion Sevilla,  
arde en sacrosanta lid,  
y escribe con fé sencilla  
tiernas coplas Miguel Cid  
á la Virgen sin mancha.

(1) Leida en la Academia de Bellas Artes de esta ciudad en Junta pública, para la reparticion de premios el día 11 de Diciembre.

Inflama su devocion  
al misterio venerando  
de la Santa Concepcion  
al sucesor de Fernando,  
y á la española nacion.

¿Quién la imagen verdadera  
dará á España, cual ninguna,  
del misterio que venera?  
un niño que ayer naciera,  
y solloza en pobre cuna.

Lograr premio tan subido  
rara vez en hombre cabe:  
apenas recién nacido  
querer el niño no sabe,  
y es de los cielos querido.

Su madre con fé sincera  
á Dios invoca en sus lares:  
flores del altar quisiera,  
para que el hijo durmiera  
en flores de los altares.

En tronco, aun no corpulento,  
cifra graba la pasion:  
el árbol en su incremento  
dando vá luego estension  
al grabado pensamiento.

De la Pureza el cantar  
oye al maternal cariño,  
y el misterio celebrar,  
mientras su ciencia es de niño,  
que es la ciencia del llorar.

Su ambicion al cielo llega,  
su gloria en la Gloria vé;  
hombre ya, al arte se entrega:  
y era tan viva su fé,  
que dejaba de ser ciega.

Si una línea equivocaba  
al retratar á Maria,  
es que su mano temblaba,  
al pensar que la pintaba  
y que no la copiaria.

Teme, al pintarla, ofenderla;  
mas el cielo se entreabre,  
y piensa Murillo verla:  
es el nácar que se abre  
para que brille la perla.

La aurora de nuestro bien,  
la flor del mejor pensil,  
radiante sus ojos ven,  
y en nubes de cien en cien  
ángeles de mil en mil.

Presumen que á acompañarlo  
bajan en alas del viento;  
y aunque quieren abrazarlo,  
solo aguardan el acento,  
con que Dios debe llamarlo.

Siente su pecho abrazar  
Murillo, cuando tal mira;  
ya la puede retratar;  
que él solo puede pintar  
cuanto la Virgen inspira.

Tiembla ya con temor santo,  
porque en gloria tan sucinta,  
porque en regocijo tanto,  
los colores con que pinta  
son los matices del llanto.

Al verlo se estasiaran  
los ángeles que lo esperan:  
su dicha en cantos declaran;  
y si es que envidiar pudieran,  
al gran pintor envidiaran.

Siempre la Virgen tendria  
á Murillo en la memoria;  
y acaso pareceria  
que no gozaba la gloria,  
si con él no la partia.

Llamó, al fin, á su pintor:  
su noble patria se engrie  
con la imagen de su amor;  
y él, ya en el cielo, sonrie,  
pues pudo hacerla mejor.

Vé que su ingenio profundo  
logró la mas feliz palma  
con aplauso sin segundo;  
mas para él ¿qué es el mundo?  
fué la niñez de su alma.

Aguila, que otro horizonte  
buscaste en mejor espacio;  
piedra, que en duro desmonte  
fuiste ayer parte de un monte,  
siendo hoy blason de un palacio;

Los siglos contemplarán  
lo que en tí las artes vieron;  
y tus obras vivirán  
siempre en la memoria, imán  
de aquellos siglos que fueron.

La cristiana fantasía  
contempla absorta ante sí,  
cual la luz del mediodía,  
el cielo abierto por tí,  
por tí presente á Maria.

¡Feliz mil veces, pintor,  
pues á tus ángeles ves,  
cómo llevan con ardor  
el beso de nuestro amor  
de la Virgen á los pies!

ADOLFO DE CASTRO.

## PARALELISMO.

### CUENTO.

#### I.

Acaban de celebrarse dos bodas en la Iglesia de Santa Dorotea, del arrabal de Burgos, habitado generalmente por labradores.

María es ya esposa de Andrés y Rosa de Gonzalo. Ambas primas eran huérfanas. Desde muy niñas habían perdido á sus padres y vivían solas con sus madres. En esto únicamente se parecían.

Cuando volvieron de la iglesia, el césped estaba cubierto de rocío, y los pájaros saltaban gorgeando entre los árboles del camino que conduce al Cármén.

Empezaba á despuntar el astro de la mañana. Rosa era una rubia de estatura pequeña, nariz afilada, ojos grandes, labios gruesos y sonrisa un poco maliciosa.

María era mas alta que Rosa, esbelta y morena: su semblante serio por lo comun, tenia cierta gracia: encantaba á todos cuando se sonreía.

Aunque ambas contaban la misma edad, no podia menos de tratarse á María como á una mujer, y á Rosa como á una niña.

Habian nacido las dos en un mismo dia, y se casaban con dos hermanos en otro.

## II.

Para celebrar alegremente las bodas, María y Andrés dispusieron una gira campestre.

Acompañados de cuatro amigos, se encaminaron á la inmediata pradera de San Zoles. Entre los convidados figuraba la primera, Juana, madre de María, que se habia vuelto jóven porque su felicidad era la misma que la de su hija.

Apenas los recién casados y su acompañamiento se reclinaron en el verde césped, oyeron un ligero ruido, volvieron la vista y vieron á un amigo que se les acercaba con viveza, aunque no le habian convidado á la fiesta.

Era el corderillo manso de la casa, que con la algaraz habian dejado escapar de la cuadra. Libre por primera vez desde que le habian separado de su madre, saltaba y triscaba en el seto á sus anchas.

Los convidados permitieron que fuese dichoso con los demás, y cuando llegaron á un escampado partieron con él el campo de rosas de la pradera.

María contemplaba la ligereza de su corderillo, la gallardía de los lirios blancos, la verde copa de los árboles y las sonrosadas flores, con aquella felicidad indecible y muda que nace del fondo del alma, y se estiende sobre la naturaleza, sobre los accidentes mas ligeros de la vida, para esclarecerlo y regocijarse todo.

El placer y la alegría brotaban bajo las huellas de aquella familia.

María gozaba de todo, participaba de todos los placeres: hasta encontraba singular motivo de satisfaccion en ver como el corderillo discurría á lo largo de los senderos, poniendo al descubierto el hermoso y albo vellon de su lomo.

Juana con los ojos humedecidos de alegría, miraba á sus hijos con una ternura juvenil, porque daba su hija á un hijo á quien amaba: se la entregaba con gusto á su esposo, porque al dársela estaba segura de encontrarla siempre en vez de perderla.

El mismo dia y á la misma hora, Antonia, madre de Rosa, asistió al matrimonio de su hija con irritacion mal contenida.

La vieja Antonia no daba de buen grado la hija á su marido, sino que la cedía contra su voluntad: creía que iba á perderla y realmente la perdía tan solo por creerlo así. La envidia aleja de sí todos los corazones: deseando guardarlo todo para sí propia, lo pierde todo: queriendo conservarlo todo, se queda sin nada.

Juana habia enseñado á su hija á ser con el tiempo buena esposa y buena madre.

Antonia por el contrario, habia educado á la su-

ya para que permaneciese siendo su hija y nada mas.

Aquella debia tener siempre por tanto en su hija una amiga: la segunda, en Rosa, una enemiga ó una víctima; pero lo que es peor, tuvo una cómplice que concluyó por aborrecerla y odiar á su marido.

Rosa, Gonzalo y Antonia, con gran número de convidados, comieron juntos en la fonda del Príncipe de Baviera. Rieron mucho durante la comida; pero ninguno se divirtió con alegría íntima y natural: ninguno, en fin, se creyó contento en su interior.

Cuando volvieron á casa, Juana se arrojó al cuello de María, á quien amaba como á una hija y de quien era querida como una madre. Nadie habia perdido con su boda, todos habian ganado: María un buen marido y Juana un hijo mas á quien amar.

Así que entraron en su habitacion, la vieja Antonia arrojó sobre Gonzalo una mirada desapacible culpándole interiormente de haberla robado su hija.

Juana al abrazar á su yerno, le recomendó que hiciese feliz á su hija.

Antonia no abrazó al suyo, y abrazando á su hija dejó adivinar que sentía tener un yerno.

Inmediatamente se retiró la suegra á su cuarto, no por discrecion sino por ocultar su mal humor: no por dejar á Rosa y á Gonzalo solos, sino por tener el derecho de darse por vencida, para prepararse ella un desagravio contra los novios.

Gonzalo conoció que no habia sido recibido en casa, ni como un hijo, ni como un amigo, ni como un amo. Así lo hizo notar á Rosa, quien se puso muy afligida, y comenzó á derramar lágrimas en abundancia.

El dia de la boda terminó para ambos con frialdad, desconfianza, oposicion y llanto.

Juana se durmió diciendo: "No sé si habré cumplido del todo bien con mi obligacion de madre. No sé si he sido lo bastante buena para con ellos. Me uniré con Andrés para labrar la felicidad de mi hija: le consultaré, desconfiando de mí misma y María será dichosa."

Antonia no se durmió sin haber repetido veinte veces que habia cumplido con todos sus deberes y que era irreprochable. "Con un juicio seguro y recto como el mio, se decía, no hay necesidad de los consejos de los sacerdotes. He cumplido con mis deberes de madre. Tengo la conciencia tranquila."

## III.

Al dia siguiente las dos familias pensaron en las visitas de boda.

—Vamos muy pronto á ver al viejo Nicasio, dijo su madre á Rosa. Quizá tu marido quiera aislarte de él; pero desconfía de los amigos que te quiera dar, permaneciendo fiel á los antiguos de tu familia. Nicasio tiene experiencia y un juicio recto. Sabe lo que se debe á la vejez; y si tú intentases olvidarlo, él te lo recordaría enérgicamente.

Nicasio poseía en los alrededores de Búrgos una casa de campo.

Siempre se encontraba á este viejo sentado á la orilla del camino que pasa por frente de su solitario albergue, de día tegiendo estera de avena: por la tarde viendo jugar á los chicos de los venteros. Sus vestidos andrajosos y sucios descubrían dos pies y dos manos enormes: su cara alargada, color de cobre, surcada de grandes arrugas, y su frente rodeada de negros y crespos cabellos, le daban cierto aspecto sombrío, que completaba sus orejas largas, aplastadas, sus cejas y pestañas largas y grises, sus ojos atigrados y pequeños que empezaban á pestañear desde que se le dirigía la palabra, y su boca guarnecida de dientes pagizos, espesos y puntiagudos como los de un lobo. Parecía un ser fantástico.

Antonia y Rosa le tenían inclinación, mientras que á Juana y á María les inspiraba retraimiento.

Nicasio sin embargo parecía una persona inofensiva: hablaba poco y pensaba menos.

Aquellas hicieron su vista solas, y registraron con curiosidad toda la cabaña del viejo por primera vez en el curso de sus relaciones.

El antiguo sillón de Nicasio tenía los pies ocultos entre montones de cáscaras de legumbres, que era el alimento ordinario de dos conejos que le acompañaban en su solitaria morada, rumiando en medio de una docena de gallinas presididas por un gallo muy celoso, que se pavoneaba en los rincones de aquella pocilga.

El desórden que en aquella casa reinaba no podía ser mas completo.

Rosa lo tocaba todo riéndose á carcajadas, acabando por poner la mano sobre una caja vieja oculta detrás de las cortinas de la alcoba.

En aquel momento el viejo palideció y se levantó vivamente para quitársele de las manos.

Este movimiento tan brusco fué inútil porque la muchacha había dejado la caja sobre una mesa.

—Este viejo debe tener en esa caja un tesoro, dijo Antonia á su hija luego que salieron de la cabaña.

—No madre: contestó Rosa, pesa poco para contener oro.

(Se continuará.)

Llamamos la atención de nuestros suscritores sobre el prospecto del Almanaque Profético para 1860 que repartimos con este número. La variación de asuntos de que trata lo hacen recomendable para las personas de buen gusto.

Se halla de venta en la redacción de este periódico al precio de 6 rs. Los Sres. suscritores que deseen adquirirlo se dirigirán al Administrador, acompañando al pedido su importe en sellos de correos ó libranzas de Tesorería, y se les remitirá fran-

co el porte al mismo precio que se vende en esta.

#### SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

*La guerra civil desola pueblos y arruina familias.*



EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución número 11.

P 1000  Mo  A

K   P  

a  LO lo LO  S

K   ME

  el   P  

D d D d D 

e E E pr da da da  
e E e da da da  
e e da da da  
da da